

dezir *gente diestra en algun arte mecnica*. Llamaban á este con tres nombres, que eran de Dioses y de estima, el primero era *Topiltzin*, el segundo *Quetzalcohuatl* (como queda dicho), el tercero era *Papa*, y entre las pinturas que se hallan de su efigie, le pintan con una tiara de tres coronas, como la de nuestro muy Santo Padre el sumo Pontífice. Y como tenian noticia de lo que dejó dicho de su vuelta, y vieron venir la flota por la parte que él se fué, tuvieron por cierto todos que era el mismo, y que volvía á su Reyno, y así determinaron de irle á rescebir como á su señor, segun queda dicho.

Eligieron para esto los cinco mas hábiles que entre los principales habia, los quales partiéndose de México, fueron con grandes riquezas á este rescibimiento, y llegando á la nao capitana donde estaba el capitán Hernando, los tres dieron su embajada diciendo que iban á buscar á su gran señor *Quetzalcohuatl*, y por otro nombre *Topiltzin*, el qual sabian que era venido. Entendieron en esta embajada los españoles, por medio de una mujer que allí venia, llamada Marina, que entendia la lengua desta tierra, y así se puso el capitán Hernando Cortés con mucha autoridad, y hizieron entrar á los mensajeros de *Moteczucuma*, diciéndoles que allí estaba el que buscaban, y así entrando en su presencia le hizieron su acatamiento diciéndole que su siervo *Moteczucuma*, y teniente de sus Reynos, le enviaba á visitar con aquellos dones, y que fuese muy bien venido, y ataviándole con algunas de aquellas ropas las mas ricas, le dijeron; "vístete señor de las ropas que antiguamente usabas, quando andabas entre nosotros como Dios y Rey nuestro." Rescibiólos el capitán Hernando Cortés con mucha benevolencia mandándolos aposentar y tratar muy bien, dándoles de las comidas de Castilla; vinieron los españoles de los demas navíos á ver la gente y el presente, y dieron entre sí una traza bien impertinente que ántes dañó que aprovechó, porque determinaron el dia siguiente de espantar á los pobres indios, disparando la artillería de que los pobres quedaron muy espantados, como gente que no habia visto cosa semejante. Y así mismo les desafiaron uno á uno para que peleasen con ellos, y como lo rehusaban, denostándolos con palabras afrentosas, y mostrándoles muchas armas que traian, y perros ferocísimos de ayuda, dijéronles que habian de ir á México, y con aquellas armas y perros los habian de destruir y matar y robar sus haciendas. Despidieron á los pobres tan escandalizados y temerosos, que ya todos se persuadian que no era aquel señor que esperaban, sino algun cruel enemigo suyo, el qual allí venia con aquella gente tan feroz.

Vinieron muy desconsolados á dar las nuevas á su Rey, al qual hallaron en la casa de la judicatura, que era donde se ponía á oír semejantes recaudos, y ántes que los oyese hizo allí degollar y sacrificar esclavos: usaban desta ceremonia quando alguna embajada de gran importancia venia, y rociando con la sangre dellos á los embajadores, dijeron al Rey todo lo que les habia

acontecido dándole señas de todo, especialmente de los navíos, diciéndole que habian visto unas casas de madera muy grandes y artificiosas, con muchos aposentos por de dentro, que andaban por la mar en que venian estos feroces Dioses: oida toda la embajada, el Rey quedó muy espantado y casi sin aliento. Mandó luego juntar á toda su corte á consejo, y proponiéndoles la triste nueva, pidióles el remedio para que estos Dioses enemigos que les venian á destruir, los echasen de su tierra, y confiriendo del negocio prolijamente, como tan grave caso requeria, determinóse que mandassen llamar á todos los hechizeros y sabios nigrománticos que tenian pacto con el demonio, y que estos diessen el primer acometimiento, inventando con sus artes, cosas muy espantables con que los hiziesen volver á su tierra y retirarse de temor. Este medio les solia ser provechoso en muchos casos y así lo intentaron; vinieron todos los encantadores ante el consistorio, y proponiéndoles el caso el Rey muy vivamente, y con muchas veras, y ellos admitieron la empresa, yendo á poner en ejecucion su intento. Iban muy gozosos teniendo por cierta la victoria, mas de que llegaron á donde habian de hazer su hecho, por permission divina no pudieron empecerles con cosa alguna. De lo qual muy confusos y desconsolados volvieron con la nueva al Rey diciéndole que aquellos eran Dioses muy fuertes, porque no les podia empecer cosa alguna, lo cual oido por el Rey determinó que los rescibiesen en paz dándoles todo lo necesario, etc., y mandando á sus presidentes y gobernadores de república que con mucha diligencia y cuidado proveyessen y sirviessen con todo lo que quisiesen, á los Dioses celestiales que habian llegado, y así se hizo con gran diligencia, y en el ínterin el gran Rey *Moteczucuma* con toda su corte, estaba muy triste y lloroso; por las calles y plazas habia muchos corrillos de gentes que trataban del caso, y chicos y grandes andaban llorando, teniendo tragada ya la muerte y esperando otros grandes males, y con esta consideracion los padres y las madres, lloraban con sus hijos y hijas diciendo que qué habia de ser dellos, haziendo lo mismo los vecinos y amigos unos con otros: finalmente, todos andaban cabizbajos y pensativos, todos muy melancólicos. Iban y venian muchos mensajeros cada dia á dar noticia al gran Rey *Moteczucuma*, de todo lo que pasaba, diciéndole cómo los españoles preguntaban mucho por él pidiendo señas de su persona, modo de proceder y cara. Desto se angustiaba grandemente, vacilando qué haria de sí, si se huiria ó se esconderia, ó se esperaria, porque esperaba grandísimos males y afrentas sobre sí y todo su Reyno: comunicó esto con sus principales juntamente con los encantadores y nigrománticos, cuyo parecer fué que se escondiesse en uno de los lugares que ellos le dijessen, donde estaria bien seguro, si queria ir á la casa del sol, ó al Paraiso terrenal, ó al infierno, ó á otro lugar muy secreto no muy lejos de la ciudad, que ellos le guiarian y meterian en cualquiera destas partes. Habiase inclinado el Rey á esconderse; pero mirando que era flaqueza de corazon y ánimo, determinó de ántes esperar y morir varonilmente, que

no hazer tal poquedad que ponía mácula de cobardía en su persona Real. Y así se estuvo quedo, mudándose de las casas reales á otras suyas propias para aposentar á los Dioses (como ellos dezian). Comenzó el Marqués á marchar para la ciudad de México, sacando primero todo el bagaje de los navíos á los quales hizo dar barreno y hundirlos en la mar, para que sus soldados no tuviessen esperanza de volver atrás. Hecho famosísimo y de ánimo invencible que admiró á todos grandemente: venian todos á punto de guerra; venialos guiando un mexicano el qual los llevó á términos del *Tlaxcalan*, dende estaba un gran escuadron de gente fiera y belicosa que siempre estaban allí, para guarda del Rey de *Tlaxcala*. Eran estos tan esforzados y tan animosos, que ántes se dejaban hazer pedazos que rendirse ni volver atrás. Y así la guía metió por allí á los españoles para que aquellos Otomíes los destruyessen y acabassen, y así en viendo á los españoles se pusieron en arma contra ellos, y como ignorantes de la ligereza y velocidad de los caballeros, y la fuerza de la artillería y diversas armas que los españoles traian, metiéronse los pobres con tanto ánimo entre ellos, que comenzaron á hazer gran matanza en los pobres soldados de *Tlaxcala*, como iban desnudos con sus arcos y flechas y otras armas, con que no podian ofender mucho á los españoles armados, y aunque vían el destrozo que en ellos se hazia, presumian de tan animosos que nunca jamas volvieron atrás, y así quedaron allí todos muertos. Dentro de dos horas fué la nueva á los de *Tlaxcala*, y viendo que en quien confiaban y toda la fuerza de su Reyno habia muerto de aquella manera, temieron grandemente, y así determinaron de hazer amistades con los españoles y rescebirlos de paz, y así el dia siguiente, yendo el capitán Hernando Cortés con todo su ejército, hazia la gran ciudad de *Tlaxcala*, le salieron al encuentro todos los principales muy bien ataviados, de paz, sin ninguna señal de guerra, y rescibiéronle con grande fiesta y solemnidad, ofreciéndole grandes dones y presentes, pidiéndole su amistad. El Capitán Don Hernando Cortés los rescibió muy benignamente, mostrándoseles muy amigo, ofreciéndoles él tambien la amistad de todo su ejército, y con esta consideracion y contento, fuéronse todos juntos á la ciudad de *Tlaxcala*, donde fueron muy regalados y bien tratados. El dia siguiente fueron todos los principales de *Tlaxcallan* á visitar al Marqués, y pidiéronle que confirmase las amistades que les habia prometido, y él las confirmó allí, perpetuando paces los unos con los otros, y ayudándose siempre en todos sus sucesos; regalólos mucho el Capitán diziéndoles: "Vosotros sois mis hermanos; los que fueren vuestros enemigos tambien lo serán míos, y así yo os vengaré dellos." Despues de lo qual el Capitán comenzó á preguntar á los señores *Tlaxcaltecas* por la ciudad de México, y por la distancia que de allí habia hasta ella; respondiéndole que no era muy lejos, que estaria tres dias de camino y que era muy gran ciudad, y que los que la habitaban eran muy valientes y belicosos, y que el Rey que los regia era muy esforzado, sabio y prudente y avi-

sado; pero que eran muy grandes tiranos. Esto dijeron los de *Tlaxcallan*, porque los Mexicanos eran sus enemigos, añadiendo que los de *Cholula*, que eran sus vecinos, tambien eran sus adversarios por ser amigos de los Mexicanos. Dijoles entónces el Capitán que no tuviessen pena, que él los vengaría dellos, y porque viessen que aquello era verdad, les dijo que se pusiesen luego á punto de guerra, que luego iban todos contra los que eran sus enemigos.

Dentro de pocos dias se pusieron los de *Tlaxcallan* á punto de guerra, juntándoseles los de *Cempohuallan*, provincia muy populosa, y comenzaron á marchar házia *Cholula* con los españoles. En llegando á la ciudad dieron un pregon de parte del capitán Don Hernando Cortés, que todos los principales de *Cholula* se juntassen en el patio del templo mayor, que era muy grande, y desde estuvo lleno de gente, pusieronse los españoles á las entradas del patio, que comunmente eran tres, á Occidente, á Mediodía y hazia el Norte: entraron luego los de á caballo por todas las tres puertas, y comenzaron á alancearlos, haziendo allí gran matanza de aquellos pobres, por cuya causa todo el pueblo dió á huir desamparando la ciudad, y esta nueva fué luego á *Moteczucuma*. Comenzaron á marchar los españoles házia México, llevando consigo á los de *Tlaxcallan* y *Cempohuallan*, con los quales iba un ejército espantoso, y sabiendo el Rey *Moteczucuma* quán mal habian tratado á los suyos, y la gente que iba contra él, comenzó á temer grandemente él y toda su gente, temblando como azogados, y así imaginando *Moteczucuma* que en viéndole á él y á los suyos, le tratarian de aquella suerte, quiso hazer la experiencia, y así envió un principal suyo que se le parecia un poco, vestido de sus ropas, á rescebir á los españoles con mucho aparato de principales, criados y grandes presentes, y ántes que allá llegasse entendieron el *baro* (*sic*) porque avisaron al Capitán, y en llegando ante él el fingido Rey, rescibióle muy benignamente y preguntóle que quién era. Díjole que su siervo el Rey de México *Moteczucuma*; entónces sonriéndose el Capitán volviése á los de *Tlaxcala* y preguntóles si era aquel el Rey de México; ellos le dijeron que no, porque muy bien le conoscián y aun aquel principal que se fingia ser *Moteczucuma*, que no se dezia sino *Tzihuaepopoca*. El Capitán le reprendió por sus intérpretes por la ficcion que habia hecho, y él se volvió avergonzado y confuso á *Moteczucuma*, á quien contó lo que habia pasado, y que quedaban indignados los españoles por la burla que les quiso hazer.

Quedó con esto mas atemorizado *Moteczucuma*, y así no cesaba de buscar remedios para escapar de las manos de los españoles; para lo qual imaginó de hazer otra diligencia para que los españoles no llegassen á México, y fué que juntó todos sus principales los mas sabios, hechizeros, agoreros y nigrománticos para que fuessen á hazer sus encantaciones mejor que los primeros, á los quales encargó que hiziesen todo su poder, y echassen el resto de su

ciencia para espantar á los españoles porque no llegassen á su ciudad. Partieron los hechizeros muy confiados que saldrian con aquella empresa y bien amedrentados con las amenazas que les hizo *Moteczucuma* si no salian con ello; fueron házia la parte de donde venian los españoles, y subiendo por una cuesta arriba aparecióseles *Tezcatlipuca*, uno de sus principales Dioses, que venia de házia el real de los españoles en hábito de un hombre de los de aquella provincia de Chalco donde fué este aparecimiento: venia como fuera de sí, y como hombre embriagado, no de vino sino de furor y rabia que consigo traia, y como hubo llegado junto al escuadron de nigrománticos y hechizeros que iban, paróse, comenzó á reñirles á grandes voces, traian ceñidos los pechos con ocho vueltas de una sogá de esparto, díjoles con gran enojo: “¿Para qué volveis vosotros de nuevo acá? ¿Qué es lo que *Moteczucuma* pretende hazer contra los españoles por vuestro medio? Tarde ha vuelto sobre sí, que ya está determinado de quitarle su reyno, su honra y quanto tiene, por las grandes tiranías que ha cometido contra sus vasallos. No ha regido como señor, sino como tirano y traidor.” Los hechizeros y encantadores en oyendo estas palabras, humildes los unos y los otros comenzaron á hazer un altar de piedras y tierra, y cubriéndole con yerbas y flores de las que por allí hallaron; pero él no hizo caso de este regalo, ántes comenzó á reñirles con mas furia, é injuriarlos con mas altas voces diziéndoles: “¿A qué habeis venido aquí, traidores? No teneis remedio. Volveos y mirad házia México, y vereis lo que ha de venir sobre ella ántes de muchos dias.” Los nigrománticos volvieron á mirar házia la ciudad de México, y vieronla arder toda en vivas llamas, y con aquella vision les representó este ídolo la guerra y destruccion deste Reyno. En mostrándoles esto el ídolo desapareció luego, quedando los hechizeros con tanto desconsuelo que de pena no podían hablar. Y habiendo pasado algun espacio el principal dellos comenzó á hablar diziendo: “No somos notros dignos de ver este prodigio; más convenia que le viera *Moteczucuma*, pues este que nos ha aparecido es el Dios *Tezcatlipuca*.” No osando pasar los nigrománticos adelante con su intento, volviéronse á dar la nueva al Rey *Moteczucuma*, el qual oyéndola quedó tan triste que por un buen rato quedó enmudecido y pensativo mirando al suelo. Pasado aquel accidente dijo: “¿Pues qué hemos de hazer, si los dioses y sus amigos nos desfavorecen y prosperan á nuestro enemigos? Ya yo estoy conforme; determinémonos todos de poner el pecho á quanto se ofresciere; no nos habremos de esconder ni huir ni mostrar cobardía; no pensemos que la gloria mexicana ha de faltar aquí: compadézcome de los viejos y viejas, de los niños y niñas, que no tienen piés ni manos para defenderse.” Y diziendo esto, calló porque se comenzaba á enternecer.

Veniase ya acercando el capitán Don Hernando Cortés con toda su gente y en todo el camino los de *Tlaxcala* iban persuadiendo á todos que se confederassen con los Españoles, y que negassen á *Moteczucuma* y á los Mexica-

nos, acordándose de los agravios y servidumbres en que los habia puesto, y que agora seria castigado *Moteczucuma* y los suyos por el capitán Don Hernando Cortés. Con estas y otras razones persuadieron á toda la tierra de tal manera, que se hizieron al bando de los Españoles, y así venia el capitán Don Hernando Cortés cercado de toda la tierra. En llegando á la primera entrada de la gran ciudad de México, como un cuarto de legua de las casas reales, salió á rescibirle el gran señor *Moteczucuma* en hombros de quatro señores, que en sus cabezas iba armado un palio riquísimo de pluma y oro, debajo del qual iba sentado este gran Rey. Bajóse quando encontró con el capitán Don Hernando Cortés, á quien hizo una plática dándole la bienvenida, muy elegante y cortesantemente, ofresciéndole muchas preseas ricas de oro y piedras preciosas, y plumajería de diversos colores, con muchas rosas y flores que hizo dar á los que venian con el capitán, el qual rescibió al gran señor *Moteczucuma* con mucha reverencia y benevolencia, respondiéndole á su plática con muy admirables palabras, quitándole el temor, y asegurándole que ningun daño rescibiria en su persona ni en su Reyno, y que él le informaria de la causa de su venida mas despacio, y con esto el gran *Moteczucuma*, por el mismo orden que vino se volvió con el capitán Don Hernando Cortés, al qual y á los suyos mandó que aposentassen en las casas reales, donde se les dió muy buen recaudo á cada uno, segun las calidades de las diversas gentes que iban con el capitán. Este dia y la noche siguiente jugaron el artillería por la alegría de haber llegado á la gran ciudad de México, y como los indios no estaban acostumbrados á oír artillería, rescibieron gran temor y alteracion toda la noche. El dia siguiente el capitán Don Hernando Cortés hizo juntar á *Moteczucuma* y á sus principales, y á la gente de *Tlaxcala*, *Cempohualan* etc., en una pieza que en la casa habia muy á propósito para esto, y allí con mucha autoridad sentado en una silla, les habló á todos, diziéndoles desta manera: “Señores, hermanos y amigos míos: sabed que yo y mis hermanos los Españoles que aquí estamos, hemos venido de házia el Oriente, de do somos naturales, y nuestra propia tierra se llama España, es un Reyno muy grande y de gente valerosa y fuerte. Tenemos un gran señor que es nuestro Rey y emperador, el qual se llama Carlos quinto deste nombre: con su licencia andamos discurriendo por todas estas tierras occidentales, y entrados en esta nueva tierra, venimos á veer al Rey de nuestros hermanos y amigos los de *Tlaxcala*, los quales nos rescibieron con mucha humanidad, haziendo con nosotros amistad y hermandad, y despues de otras cosas y buenos tratamientos, se nos quejaron que vosotros los Mexicanos les hazeis grandes agravios y daños, y les dais guerras muy continuas, de manera que nunca gozan de paz ni de la seguridad de sus personas, tierras y haciendas, sino que siempre los poneis en grandes trabajos. Habiendo oido esto, yo y mis hermanos los españoles, juntamente con ellos hemos venido á vuestra ciudad para saber de ambas partes quien tiene la culpa destos daños